[430.2]

Tobías

Ó LA CURACIÓN DE UN CIEGO.

Episodio bíblico dramático en dos actos y en verso por el presbítero D. Isidoro Domínguez.

La acción ocurre en Ninive durante el cautiverio de las diez tribus de Israel.

Personajes.

Ana, esposa de
Tobías, padre de
Tobías.
Ethán. } Criados.
Abner. }
Rafael, arcángel.
Dos mendigos.

ACTO PRIMERO.

Decoración de una habitación modesta, con puerta en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

Ethán. ¡Triste es mi suerte! Hace un año
á Jerusalén veía,
sin presentir que algún día
tan acerbo desengaño
en la esclavitud habría.
¡Qué bien recuerdo el lugar
donde ví la luz primera,
y aquella verde ribera
y aquel perfumado altar
que el Rey-Sabio construyera!..
Como el ave que se goza
en su soto inhabitado,
así recuerdo la choza
donde mi padre encorvado,
hoy cautivo, no solloza.
Todo á llorar me convida:
soy esclavo, no hay remedio:

si una mano bendecida
no restañase mi herida,
muriera tal vez de tedio.
A la orilla del Cisón
y entre flores olorosas,
¡cuántas veces mi razón
meditaba en oración!
Aquí sólo hay frías losas!
Allí el pueblo reunido
en cántico compungido
pedia al Señor la paz:
aquí evitamos la faz
del ninivita temido.
Allí las vírgenes bellas
con voz suave y candorosa
salmodiaban las querellas
que el Esposo da á la Esposa,
cuando el Señor habla de ellas.
Aquí, en cambio, todo es luto;
los castigos son atroces;
y las religiosas voces
no alegran á un pueblo astuto
que abriga tigres feroces. *(Pausa.)*
¡Oh libertad! tu dulzura
no se ve entre los placeres:
yo, que vivo en la amargura,
yo conozco tu hermosura,
y cuán grata á todos eres.
Dichoso el que libre está
y en el campo el sol admira;
dichoso el que no suspira
por bienes perdidos ya,
y el aire natal respira.

. . . . . .

¿Y no ha de cesar, Dios mio,
esta dura esclavitud?
¡Bien castigáis el desvío

y la necia ingratitud
de nuestro loco albedrío!

ESCENA II.

El mismo y Tobías (padre).

Tob. Dios te guarde, buen criado.
Eth. A sus órdenes, señor.
Pero... ¿qué veo? el color
del rostro tenéis mudado.
Tob. Fútil la causa será
para tí, tal vez, amigo.
Eth. No; declaraos conmigo,
que si en mis manos está...
Tob. Eso en tí, bien me parece;
pero has de ser muy discreto,
porque violar un secreto
desprestigia y envilece. (Pausa)
¿Qué podrá ser, fiel Ethán,
que estando anoche dormido,
un monstruo ví desmedido
y de espantable ademán?
Tenía garras de hiena,
cubierta la piel de escama,
y al adherirse á mi cama
oir creí una sirena.
Eth. ¿Y qué habló, señor?
Tob. No sé:
turbóse entonces mi mente,
pero creo ciegamente
en su verdad.
Eth. Tanta fe
no merecen los ensueños;
es necesario calmarse;
pues nadie debe alarmarse,
sean tristes ó risueños.
¿No acontece que un mendigo
sueña en oro, plata y cobre,

y que, al despertar, el pobre
se halla con el can, su amigo?
Ilusiones de la mente
serán esos sueños.

Tob. Nó:
harto los distingo yo;
que no soy adolescente.
Fundada es mi turbación.
Sí: creo que lo estoy viendo;
mas si el diablo fué, no entiendo
cómo quedé sin lesión.
Es enemigo el precito
de mis acciones menores;
él me inspira estos temores
porque me quiere maldito.
El me induce á desistir
de inhumaciones piadosas;
él insidias alevosas
contra Israel suele urdir.
Pero nó; con el auxilio
de Dios, daré á mis hermanos
el pan que á los inhumanos
oculto en mi domicilio.
Yo treparé en las prisiones
sin pensar en la venganza,
para infundir esperanza
en los tristes corazones.
Yo acudiré á levantar
los cadáveres tendidos,
y en lugares escondidos
podrélos bien sepultar.

ESCENA III.

Los mismos y Abner.

Abn. Señor, pregunta por vos
un caballero.

Tob. ¿No sabes

cuál es su oficio y su nombre,
y cuál la misión que trae?

Abn. Aunque tuve tentación,
tal no quise preguntarle;
que eso á vos os interesa:
pero ver pude su traje,
y me pareció emisario
del rey.

Tob. Eso á mí me atañe,
es verdad. *(Pausa.)* A la señora
ninguno de los dos hable
de tal visita: supongo
que querrán intimidarme,
para que deje mis obras
de caridad. Pero en balde
será. Si en abismos lúgubres
los hijos de Israel yacen
aherrojados, no es ya sólo
una obra recomendable
cubrir sus miembros desnudos,
muertos casi, y por el hambre
y el frío ateridos, nó;
esto, además de loable,
no lo dudéis, es deber
hacia nuestros semejantes.
Que en necesidad extrema
es el prójimo la imagen
de nuestro Dios, que reclama
algo de lo suyo. Fácil
me será eludir los ruegos
de ese enviado: con nadie
de él habléis: que al fin de todo,
si el rey llegara á irritarse
conmigo, fuera en perjuicio
de los que gimen en cárceles
horrorosas; sed, por tanto,
muy prudentes.

Eth. Ni en un ápice
faltaremos al secreto
que nos fiáis.
Tob. Dios os guarde. *(Váse.)*

ESCENA IV.

ETHÁN Y ÀBNER.

Abn. ¡Cuántas gracias debo dar
á la Omnipotente diestra
por este favor, amigo!
Alejado de mi tierra
por un rey que me ligó
con fuertísimas cadenas,
noche y día sollozaba,
como solloza y se queja
quien cárcel lóbrega habita,
rodeado de tinieblas.
Un antro pequeño y húmedo
tuve por mansión primera,
cuando ¡ay de mí! víme lejos
de los seres que me dieran
la vida y la educación.
El día, con luces trémulas
al acariciar mi frente,
recordábame la vega
del manso Jordán, y el Cielo
retratado en sus riberas.
La noche, su manto azul
tapizando con estrellas,
y alumbrada por la luna,
no parecía serena
á mis pupilas, que el llanto
velaba con sombras densas.
Eth. Y hasta morir, no lo dudes,
prisionero estado hubieras
sin la mano compasiva
de mi señor.

Abn. Una estrella
parecióme que alumbraba
la mansión de la tristeza
cuando Tobías el justo
abrió su férrea puerta.
El mismo, con un cariño
que al de madre se asemeja,
con licencia del alcaide,
quiso romper mis cadenas.
Y una vez libres mis pies
de tan penosa molestia,
¡con qué efusión y ternura
me abrazaba! Cruel hiena
serìa si no le amase;
llámame traidor, si llega
obra tan santa á borrarse
de mi corazón; quisera
antes morir.

Eth. No lo espero.
A todos nos interesa
su vida: también yo fuí
rescatado por su cuenta;
y no lo olvido, á fe mía,
que bien impreso me queda.
Israelitas hay muchos
que á sus limosnas benéficas
debieron la libertad;
y por eso, amigos cuenta
innumerables, que vienen
cuando algún festín celebra,
y le hablan de su cariño,
y le dan enhorabuena.

Abn. ¡Qué varón tan respetable!

Eth. ¡Qué dicha, amigo, la nuestra!
Luego que á fondo conozcas
sus inclinaciones bellas,
te juzgarás mas feliz

que un monarca. Si él pudiera,
no estarían hoy cautivos
nuestros hermanos. Apenas
tiene noticias de un pobre,
ni un instante ya sosiega,
hasta que en sus manos pone
un alivio á su dolencia.
¡Por eso tantos le quieren!
¡Por eso tantos le ruegan!

Abn. *(Levantando las manos.)*
Dos hermanos ¡ay! perdí,
reos de inicua sentencia:
y el rey los mató por buenos,
y por ser de la Judea.
¡Si hoy respiraran el aura
de esta angelical vivienda! *(Pausa)*

Eth. No recuerdes más ni llores
esa fraternal escena;
que obedeciendo al cariño,
tus pesares acrecientas.
¿No te tienes por dichoso?

Abn. Amigo, sí; en su clemencia
ha sido Dios un buen padre
conmigo, entrañas de fiera
son las mías, si no adoro
su divina omnipotencia.

Eth. Si vivimos desterrados
de la morada paterna,
aún en algo la fortuna
se nos mostró lisonjera;
pues servimos á un buen padre
que al israelita aprecia,
que en esta ciudad reside,
pero que en Judá naciera,

Abn. Dios mío, que siendo justo
en tus terribles sentencias,
afable miras al hombre

que de amor te dió una prueba;
al protector de tu hijos
prolóngale la existencia:
acuérdate de Tobías
y de sus santas proezas.

ESCENA V.

Los mismos y Tobías (hijo).

Tob. ¿Acaso sabéis à dónde
se ha dirigido mi padre?
Eth. No, Tobías.
Abn. Lo ignoramos.
Eth. Tal vez sin equivocarme
creo poder afirmar
que á enterrar algún cadáver
habrá salido.
Abn. ¡Es tan bueno!
Eth. Pero esto sólo es probable.
Tob. Es necesario que al punto
salgáis los dos á buscarle.
Eth. ¿Hay algún peligro en casa?
Tob. Amigo, nó; es que mi madre
padece cuando se ausenta;
y por más que yo esforzarme
procure por consolarla,
no hay remedio.
Eth. Pues al instante,
si no es más, seréis servido.
Tob. Gracias: que el Señor os guarde.
(Vánse Ethán y Abner.)

ESCENA VI.

Tobías (hijo).

¡Dichosos aquellos hijos
que mamaron en su infancia
el respeto á los mayores
y á nuestras leyes sagradas!
Dichosos son en extremo:

pues, áun léjos de su patria,
trátaseles con cariño,
porque á nadie desagradan.
Esto aprendí en mi puericia,
y es una ley que no falta;
que existe un Juez que defiende
del inocente la causa.
A Dios debo, lo confieso,
mi educación esmerada:
pues en los padres me dió
un espejo de su gracia.
Los padres son las raíces,
y los hijos son las ramas:
si aquellas viven enfermas,
éstas crecerán viciadas.
Desgraciados, pues, los niños
de inclinaciones no malas,
que de padres corrompidos
absorban inmunda savia.

(Óyese andar hacia la puerta del centro, á la cual se dirige Tobías.)

ESCENA VII.

El mismo y Tobías (padre).

(Con alegre sorpresa.)

Tob. (hijo.) ¡Es mi padre!

Tob. (padre.) ¡Ay, hijo mío!

(Con voz doliente, y extendiendo las manos hacia su hijo.)

Al fin he llegado á casa,
aunque á tientas!

(El hijo le sostiene con las manos al verlo vacilar.—(Pausa.)

¡Estoy ciego!...

(Mírale su hijo con extrañeza.)

Tob. (hijo.) ¡Padre mío!

(Con voz penetrante: fíjase en sus vagas miradas, y abrázale con ternura.)

Tob. (Pad.) (Llorando.) ¡A un ciego abrazas!

(Después de un breve instante, llorando el hijo, conduce de la mano á su padre, que se arrodilla en medio, y dice, levantando sus manos, con voz doliente:)

Señor, eres justo en todas tus obras,
y son tus caminos justicia y verdad.
Acuérdate ahora de mí, y no castigues,
ni en mí ni en mis padres, la torpe maldad.
Por no haber guardado tus santos preceptos,
por eso, esparcidos andamos do quier;
por eso, entregados á saco, y cautivos,
no vemos la patria que viónos nacer.
Cúmplanse tus juicios secretos, y manda
al tímido espíritu del cuerpo salir:
que el tedio le oprime cruel, y la muerte
me es más lisonjera que el mismo vivir.

(Con ayuda de su hijo levántase, y se sienta á la derecha del espectador.)

ESCENA VIII.

Los mismos y ETHÁN, que sale por la izquierda mientras se sienta Tobías.

Eth. ¡Ah, señor, estáis aquí!
¡En vano os fuimos buscando!
Pero... ¿qué estoy observando?
(Mirándole con fijeza.)
Con razon me presumí
que en noticia tan fatal
no eran nada inoportunos
los comentarios que algunos
hacían de vuestro mal!
Pero ¿qué causa imprevista
tal pérdida motivó?

Tob. (hijo)—(Con voz llorosa.)
Muy grave fué, pues quedó
enteramente sin vista!

Tob. (Pad.) Sí, queridos, fué eficaz.

Me encontraba fatigado,
y dar al cuerpo cansado
quise un poco de solaz.
Junto á una pared cercana
me acosté y quedé dormido,
por el sol favorecido,
que regía la mañana.
De mi sueño disperté,
y, al arrugarse mi frente,
estièrcol de ave, caliente,
en los párpados noté.
En vano procuré luego
limpiar mis hùmedos ojos:
aquellos sucios despojos
me habían quedado ciego!

Eth. Bien véis que en esta ciudad,
do nuestro verdugo mora,
apenas hay una hora
sin trabajos.

Tob. (Pad.) Sí; es verdad.

Eth. (Mirándo al cielo.) Yo adoro tu poderío
Señor, Dios de Israel:
líbranos de está Babel,
foco de placer impío. (Váse por la izq.)

ESCENA IX.

Los dos Tobías.

Tob. (Pad.) Acércate, hijo mío;
(Tiénelo asido de las manos.)
mi plegaria
presumo que en el Cielo ha sido oída;
por eso quiero darte los consejos
que suele dar un padre Israelita. (Pausa)
Enterrarás mi cuerpo, cuando el alma
sea en paz venturosa recibida:
amarás á tu madre, y cuando espire
pondrás junto á mi tumba sus cenizas.

Si consentir no quieres en pecado,
ten siempre á Dios delante de tu vista:
así fiel guardarás, sin sér perjuro
y réprobo después, su ley divina!
No te apartes airado de los pobres:
que el Señor te impondrá la pena misma;
dáles en abundancia si eres rico;
si es menguado tu haber, limosna exigua.
En fin, quiero que sepas, hijo mío,
cómo entregué á Gabelo, en tu puericia,
diez talentos de plata; y que el recibo
en mi poder está desde aquel día.
Ya ves que la miseria nos abruma,
y que al polvo mi cuerpo se avecina;
por eso, partir debes, y cobrarlos
mediante este papel. *(Dále el recibo.)*
Tob. (hijo.) ¿Y dónde habita?
Tob. (P.) En la ciudad de Rages, en la Media;
Tob. (H.) Preguntaré por ese ignoto clima.
Tob. (P.) Si ignoras tú la senda que conduce
á ese país, hoy mismo busca un guía,
que, dándole un salario, aunque mezquino,
de diligente conductor te sirva.
Tob. (h.) Haré lo que mandáis, querido pa-
(Se va por el fondo.) (dre.

ESCENA X.

TOBÍAS (padre).

¡Cuán grata á mi corazón
(Toda la escena muy despacio.)
es su voz de ángel bendito!
Cuanto más en él medito,
más íntima es mi aflicción!
Hoy mismo debe partir!
¿Y volverá de su viaje?
¡Ah! sí: sería un salvaje
quien lo intentase impedir.

A mí el Cielo me castiga
porque sus leyes violé:
si á mis deberes falté,
¿ha de ser la paz mi amiga...?
Pero el hijo de mi alma
es inocente paloma,
por cuyos labios asoma
la sencillez y la calma.
Sí, volverá; sólo temo
que en aquel precioso instante,
su anciano padre delante
esté ya del Juez Supremo.

ESCENA XI.

Los dos Tobías y el Ángel, sin darse á conocer.

Tob. (H.) Padre mío, estoy de vuelta.
Tob. (P.) ¿Y ya encontraste?
Tob. (H.) A seguida
que de vos me separé,
hallé en la plaza vecina,
mirando á los transeuntes
y las manos en su cinta,
al joven que me acompaña.
Rafaél. En tí sea la alegría. (inclinándose)
Tob. (P.) ¿Qué gozo puedo tener
si la tinieblas me privan
de ver la luz? No es posible.
Raf. Tén buen ánimo, Tobías;
que está muy próximo el tiempo
en que recobres la vista.
He hablado con tu hijo,
y si de mí necesitas,
para ese viaje, bien puedes
disponer.
Tob. (P.) ¿De qué familia,
ó de qué tribu eres tú?

Raf. No es del caso mi familia,
ni mi linaje. Si cumplo
con la misión que me fías,
¿qué más puedes exigir
al jornalero de un día?
Mas, por no darte cuidado,
sabe que soy Ararías,
del grande Ananías hijo.
Tob. (P.) Eres de cuna lucida;
mas ruégote no te enojes
por mi pregunta.
Raf. A Tobías
llevaré sano hasta Rages,
y salvo á tu compañía
lo devolveré.
Tob. (P.) Id con bien.
Que Dios á los dos asista,
y su ángel os acompañe
en vuestra marcha prolija.

(Abraza á su hijo, da la mano al Ángel, y vánse estos dos por el fondo.)

ESCENA XII Y ÚLTIMA.

TOBÍAS (padre).

(Con la cabeza y manos levantadas y la voz temblorosa.)

¡ Oh, Señor, que, cariñoso,
concedes pan al mendigo,
y proporciónasle abrigo
en el invierno penoso!
Vén, y mitiga el dolor
de este miserable ciego:
oye mi ferviente ruego,
Padre del divino amor.
Al hijo, el mayor consuelo

que á mi corazón le queda,
haced, Dios mío, que pueda
abrazar en este suelo.
Sólo así podré vivir.
Venga en pos la adusta muerte:
tendré por felice suerte
en su regazo morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Tobías

Ó LA CURACIÓN DE UN CIEGO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

TOBIAS (Padre) aparece sentado y en actitud de dormir: óyese un Angel que dice:

Ten esperanza,
ciego bendito,
que Dios ha escrito
tu salvacion;
y en letras de oro
ví decretada
en su morada
tu curación. (Pausa)

Tob.— (Incorporándose.)

¡Oh, qué ensueño tan tenaz!
La desgracia me acongoja,
y el alma aún no se despoja
de su ventura falaz!
Alegrías infundadas
quiero abrigar en mi pecho.
Bien lo anuncia el duro lecho,
fuente de gotas contadas.
El ángel que me custodia
compadeció mi pesar,
y quisome consolar
con su divina salmodia.
Mas ¿puede ser verdadera
esa extraña profecía?
si nació en mi fantasia,
es una vana quimera,

(Óyese otra vez el ángel que repite la misma letra)

¡Otra vez la misma voz!
¿Será el ángel de la guarda
que mi ventura retarda?
El sueño parte veloz
de mis párpados rendidos,
cuando medito en la ausencia
de aquel con cuya presencia

se acallaban mis gemidos.
Yo lloraré su partida
mientras viva en este mundo,
y, aunque me halle moribundo,
su aliento me dará vida.

(Reclínase un poco, y se duerme.)

ESCENA II.

El mismo y ANA (por el fondo.)

a. (Acércase á su esposo, y lo observa un instante.)
¡Ah, duerme! (Pausa.)
cuando la madre (En voz baja)
llora la ausencia del hijo,
y son su manjar diario
las lágrimas y el hastío;
cuando mis días son noches
y mis noches son suplicio,
(Con énfasis.)
ved aquí que el justo padre
descansa y duerme tranquilo,
sin acordarse que fué
la causa de este martirio.
Si él no hubiese prodigado
los bienes que poseimos,
no viviéramos hoy tristes
y en la pobreza sumidos;
ni el corazón presintiera
con augurios positivos
otra desgracia mayor,
cual es la muerte del hijo.

Tob. (Dispertándose.) Cesa ya de proferir,
amiga, tales suspiros:
que en los labios de la esposa
la ironía es un delito.
Calma tu inquietud, y cree
que el Cielo será propicio
á los ruegos incesantes

de dos padres afligidos.

Ana. Por dichosa me tendré
cuando el rostro de mi hijo
se humedezca con el llanto
que correrá por el mío.
No perdamos la esperanza
de abrazarle en este sitio;
que con ella encontraremos
á nuestro dolor alivio.

ESCENA III.

Los mismos y ETHÁN (por la izquierda.)

Eth. Señora, dos tenues puntos
he vislumbrado en la senda
que emprendió vuestro Tobías,
con dirección á la Media.
Distinguir es imposible
si son hombres de esta tierra;
pero he creído oportuno
al momento daros cuenta.

Ana. Sí, buen criado; agradezco
el interés que demuestras
por extirpar mi desgracia,
ó hacérmela más ligera.
Voy corriendo; observaré
esas señales inciertas,
y así saldremos de dudas
que mi ánima dilaceran.

(Vase por el fondo.)

ESCENA IV.

TOBÍAS (padre) y ETHÁN.

Tob. A tiempo llegaste, Ethán;
mi corazón dolorido
estaba de muerte herido
por su devorante afán.
Lleno de melancolía
me recliné en esta losa,

cuando una voz melodiosa
me anunció esta profecía:

(Muy despacio.)

Ten esperanza, y en letras de oro
ciego bendito, ví decretada
que Dios ha escrito en su morada
tu salvación: tu curación.

Eth. (Pequeña pausa.)
Señor, aviso es del Cielo
esa clara profecía,
que con dulce melodía
os anticipa el consuelo.

Job. Si, al fin, Dios se compadece
de mi dolor y me sana
reanudaré mañana
mi oficio, si álguien perece:
si continúa inflexible,
un padre tendrás en mí;
porque si sano lo fuí,
ciego lo seré.

Eth. Imposible
fuera olvidar las mercedes
obradas con tal cariño;
la dondella, el viejo, el niño
besarán estas paredes.
Y cuando en ellas oculto
esté vuestro cuerpo ya,
mi corazón huirá
del divertido tumulto;
y, antes que nazca la aurora,
cauteloso vendré yo
á esta casa que habitó
una alma tan bienhechora.
Y besando el pavimento
y vuestra urna cineraria,
entonaré la plegaria
que brote de mi tormento.

Tob. Yo creo que cumplirás
tu palabra. Ora, entretanto
que medito en nuestro llanto,
precursor de penas más,
dime la oración aquella
que aprendiste de tu madre,
y que tu trémulo padre
nunca olvida, por ser de ella.

Eth. Mi madre me la enseñó:
recuerdo, cuando la digo,
que al recitarla conmigo
sollozaba como yo.
Un tesoro en ella veo:
aunque otro mayor perdí,
¿no ha de llegar ¡ay de mí!
á cumplirse mi deseo?
Sí, llegará, madre mia,
que es muy bondadoso Dios;
y hemos de rezar los dos
himnos de más armonía.

(Arrodíllase y levanta las manos.)

Señor, que el nombre diste
al mar y al firmamento,
y el mágico concento
al tierno ruiseñor;
libértanos, piadoso,
de cautiverio horrible,
y luzca bonancible
el iris de tu amor.
Levantan sus duras manos
los ancianos
pidiendo la libertad:
y el parvulito inocente,
reverente,
adora tu majestad.
Doquiera que la vista
en la ciudad tendamos,

doquier nos encontramos
con befas y baldón.
Si fuimos delincuentes
en tiempos anteriores,
de todos los herrores
pedimoste perdón,
¡Ay! ¡Cuán dulce nos sería
ver un día
nacer el sol en Judá!
Tu favor, Dios mío, implora,
mientras llora,
tu pueblo contrito ya.

Tob. ¡Qué imágenes retrata en mi memoria
ese lúgubre tono, amigo mío!
sus ecos clavos son que en mi penetran
muy más sutiles que veneno activo.
Dichosa fué tu madre, pues muriendo
libróse de sufrir estos castigos
que el rey Sennacherib ha fulminado
contra ancianos, y jóvenes y niños.
Hoy, si viera la devota anciana,
¡qué diría al mirar por los caminos
insepultos cadáveres, ya presa
de perros y de buitres atrevidos!

Eth. ¡Qué diría mi madre venerable
al ver á sus hermanos y á sus hijos
hambrientos mendigar y vergonzosos
por las calles y puertas de los ricos!
¡Cómo recordaría las praderas
y las orillas del Jordán florido,
donde el jazmín, y el áloe y el nardo
embriagan con su aroma los sentidos!
Pero murió ¡infeliz! en el destierro,
sin cumplirse su sueño apetecido:
y no puede agregar, pobre señora,
su oración y su llanto á mis suspiros.

Tob. No solloces, Ethán: tal vez no lejos

esté el glorioso día en que yo mismo
os anuncie la dicha que os robaron,
y dejéis ¡oh placer! de ser cautivos.
Entonces regarán nuestras mejillas
lágrimas de alegría y patriotismo:
hoy que gotas las queman ardorosas,
acatemos del Cielo los designios.

ESCENA V.

Los mismos y ABNER (por la izquierda).

Abn. Señor, en la puerta están
dos mendigos que desean
hablar con vos.

Tob. Bien conoces
nuestra extremada pobreza;
sin embargo, puedes darles
alguna cosa si encuentras;
que Dios nos esta rogando
por medio de ellos.

Abn. No es esa
la única misión que trae;
presentarse á vos desean,
y un secreto revelaros
que dicen os interesa.

Tob. ¡Un secreto!

Eth. ¡Qué alegria!

Tob. Llévame, Ethán, á la puerta.
(Levántase.)
Dios quiera que, en vez de gozo,
no encontremos la tristeza.
(Vase por el fondo, auxiliado de Ethán.)

ESCENA VI.

ABNER.

¡Cuánto deseo que vuelva
el bello joven Tobías!
Si tarda más, es muy fácil
que devore la agonía
al encanecido padre

que sin consuelo suspira.
Y es doloroso en extremo:
no ha tenido una noticia
que le atestigue que viene,
ó al menos que está con vida.
Es grande su sentimiento,
como su esperanza misma.
Dios le premiará, no hay duda,
pues esperando se humilla.

(Óyese andar hácia el centro.)

¡Ah! ¡Ya vuelve mi señor!

(Acercándose un poco.)

Mi presencia sellaría
los labios de los mendigos,
y tal vez traiga la dicha.
Aquí, oculto tras la puerta
de esta habitación contigua,
oiré, sin ser notado,
inconvencible misiva.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA VII.

TOBÍAS padre, con ETHÁN y los dos mendigos.

(Siéntase Tobías á la derecha con ayuda de Ethán)

Tob. Véte presuroso, Ethán;
dos hijos de Nephtalí
esperan traigas aquí
un buen pedazo de pan.

(Vase Ethán por el fondo.)

ESCENA VIII.

TOBÍAS (padre) y los mendigos.

Mend. 1.º Nacimos en la Judea,
como vos, anciano noble,
donde el álamo y el roble
en los hogares chispea.
Aquí el frío nos amarga
y abrigo nadie nos da;

y nos llaman de Judá,
burlando la suerte aciaga.
Errantes por los caminos,
como humildes pordioseros,
rogamos á los viajeros,
y nos llaman peregrinos:
y ultrajando nuestras penas,
nos obligan á cantar
por el rey Salmanasar
entusiastas cantilenas.

Tob. Sois, en verdad, desgraciados
pero como yo... ninguno.
En mis dolores hay uno
que mis miembros tiene helados.

(Sale Ethán y entrega la limosna al mendigo 1.º)

Mend. 1.º No llores ya; que á Tobías
vimos robusto en Charán:
Dios bendecirá este pan,
y bendecirá tus días.

Tob. ¿Pero le vísteis?

Mend. 1.º Si, á fe;
de otro joven agraciado
le vimos acompañado:
quién era el joven no sé.

Mend. 2.º Mañana al brillar la aurora,
vendremos los dos de fijo,
y abrazaremos al hijo
por quien hoy tu pecho llora.

(Van á marcharse. pero Tobías les precede, después de decir:)

Tob. Vén, Ethán; acompañemos
hasta la calle á esos hombres:
que, aunque de ignorados nombres,
un gran favor les debemos,

(Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

ABNER (sale por la izquierda.)

A fe mía, que interesan

esos mendigos errantes,
y que recordar sus voces
á mi memoria le place.
Rara vez dará esa gente
noticias tan agradables.
Mas...¿serán verdad? No hay duda
que ningún provecho trae
proferir una mentira
de esa índole. Muy bien saben
los numerosos mendigos,
de esta casa visitantes,
que reciben la limosna
tan sólo con presentarse
á mi señor. (Se oyen pasos en el fondo)
Son pisadas
lo que oigo por esa parte. (Acércase)
¡Ah; es mi señor! Lo esperaba.

ESCENA X.

El mismo, Tobías (padre) y Ethán.

Tob. Amigo Abner, Dios te guarde. (Siéntase.)
Abn. Parece que la tristeza
no os atosiga y abate
como otras veces. ¿Acaso
la limosna ha dado márgen
á ese sosiego, señor?
Tob. Nada podría alegrarme,
sin el bendito secreto
que me revelaron antes.
Abn. Ah! ¿viene vuestro Tobías?
Tob. Así lo creo. Poco hace
me dijeron esos hombres
que oyeron hablar bastante,
en la ciudad de Charán,
de un joven gallardo y ágil
que acompañaba á otro jóven
desde la ciudad de Rages.
Suponiendo no me engañan,

ya ves si puedo alegrarme
y bendecir la limosna.

Abn. Ya acaban vuestros pesares.

ESCENA XI.

Los mismos y ANA, que entra y habla precipitadamente.

Ana. Mira, que viene tu hijo. (A Tobías, que se levanta.)
Mi vista no me ha engañado:
próximos he divisado
dos jóvenes, y es de fijo.

(Salen presurosos, quedándose Abner.)

ESCENA XII.

ABNER.

Es el amor paternal
como volcán combustible;
en estos casos temible,
porque suele ser fatal.
Abrazará el padre anciano
al hijo que ver no puede,
cuando la madre se excede
en besar su diestra mano.
Tal vez mueran de contento;
tal vez el padre agonice
mientras llora, y le bendice
con júbilo y sentimiento.
Con jùbilo, porque unido
lo tiene á su corazón;
y con visible aflicción,
por carecer de un sentido.
El ser ciego favorece
á su salud quebrantada,
que el ver la persona amada
también el dolor acrece.
Los dos esposos lloraron
su soledad noche y día:
Dios les vuelva la alegría,
porque humildes le rogaron.

ESCENA XIII y ÚLTIMA.

El mismo, ANA, TOBÍAS (padre é hijo), RAFAEL y ETHÁN.

Tobías (padre) levantando las manos.

Señor, bendito seas: el alma agradecida
ignora los acentos del angélico cantar:
por eso en mi garganta no hay musical medida,
por eso sólo puedo de júbilo llorar.

(El orden que han de guardar los personajes es el siguiente: siéntase Tobías (padre), ayudado de Ethán, á la derecha del espectador: enfrente del anciano Tobías colócase el Ángel, y entre los dos Ana y Tobías (hijo), formando un grupo semicircular. detrás de los cuatro Ethán y Abner.)

Hijo mío, me parece
una ilusión tu venida:
el saber que estás con vida
de júbilo me estremece.
Pero dime: ¿por qué causa
tardaste tanto en venir?

Tob. (hijo.) Padre mío, referir
el viaje debo con pausa.
Ante todo, os ungiré
con este líquido raro.
(Saca un frasquito de su morral.)

Tob. (P.) Será medicina; es claro.

Tob. (h.) Muy pronto me explicaré.

(Unge los ojos de su padre: Ana y los criados fíjanse en el anciano durante dicho acto.)

Ana. (Mirando á su esposo.) No puede una medicina
esa dolencia curar.

Rafael. ¿Y si Dios os quiere honrar
con su clemencia divina? (A Ana.)

Ana. Sólo un milagro de Dios
daría vista á mi esposo:

Eth. ¡Qué día tan delicioso! (A Abner.)

Abn. ¡Si lo viéramos los dos!

Tob. (h.) Cuando á la fértil orilla
del río Tigris llegamos,
(Retírase á la derecha de su padre.)
él (Señala al Ángel.) y yo nos albergamos

en una casa sencilla.
La noche el manto tendió:
salí yo para bañarme;
cuando un pez, que devorarme
quería, á mí se lanzó.
Temible fué su embestida;
pero luego me rehice,
y en mis manos lo deshice
sin recibir una herida.
Su hiel conmigo guardé,
pues Azarías me dijo
que sanaría de fijo
quien tuviera en ella fé.

Ana. ¿Y cobraste de Gabelo
la cantidad adeudada?

Tob. (h.) Eso, madre mia, es nada:
es aun mayor el consuelo.
Vive en aquella ribera
Raquel, que es nuestro pariente:
hombre rico, buen creyente,
que en nuestra tribu naciera.
A persuasión de Azarías,
habimos de visitarle;
pues quería noticiarle
que era deudo de Tobías.
(Señálase á sí mismo.)
Cortés se manifestó;
al vernos, aquel anciano,
y nos alargó su mano,
y la paz nos anunció.
Yo le expliqué brevemente
mi origen y cautiverio;
y, cual si oyese un misterio,
iluminóse su frente.
Con el el amor de una madre
abrazado me tenía,
y llorando me decía:

«Soy hermano de tu padre.»
Luego me dió como esposa
su hija llamada Sara;
á la vez que me declara
dueño de una herencia hermosa,

Ana. ¿Y Sara viene contigo?

Tob. (h.) Muy pronto debe llegar.
Yo me quise adelantar
con este leal amigo,
por extinguir vuestro llanto,
dando fin á mi demora:
que el que sufre, en cada hora
halla un siglo de quebranto.

Ana. Hijo mío, ¡qué ventura!

(Tobías (padre) límpiase los ojos con los dedos, y levanta un poco cabeza.)

Tob. (hijo.) Con los criados de aquel
partió mi conductor fiel,
llevando nuestra escritura.

Ana. ¿Y los talentos daría
Gabelo, por de contado,
á ese joven tan honrado,
como audaz...

(Le interrumpe su esposo con voz fuerte.)

Tob. (*P.*) ¡Ah! ¡Qué alegría!!!

(Restregándose los ojos: todo esto con mucha animación.)

Vén, hijo, vén á mis brazos:

(Levántase presuroso, y se abraza con su hijo.)

Ya te veo: ya respiro:

(Miran los demás atónitos.)

contigo ya no suspiro.

(Sepárase de su hijo y abraza á Rafael.)

Ana. ¡Qué dulces son esos lazos!

(Al volverse Tobías hacia su esposa, ésta se arrodilla y dice:)

Perdona, esposo querido,
las maliciosas sandeces
conque injurié muchas veces
tu amor hacia el desvalido.
El poder divino adoro:

en ti veo su eficacia;
dame tu amistosa gracia,
y mézclala con mi lloro.

Tob. (p.) Levántate, esposa mia;

(Asiéndola de las manos Tobías, levántase su esposa.)

esas cosas olvidemos:
en los dones meditemos
que hoy el cielo nos envía.
Y vos, gallardo mancebo (Al Angel.)
que á mi hijo acompañásteis,
los favores que prestásteis
¿con qué pagároslos debo?

(E orden de los personajes es este: Tobías (padre) casi frente al ángel: Ana á la derecha de su esposo, á cuya izquierda estará el hijo. Ethán y Abner hácia el fondo.)

Tob. (h.) La mitad de nuestros bienes
podremos darle en salario.

Tob. (p.) Sí; no es precio extraordinario.

Rafael. (Con mucha calma y gravedad.)

Tú, con el pan te mantienes
que ha de sostener la vida;
guarda, pues, esas riquezas;
yo vivo de otras bellezas,
no de masa corrompida.
Bedecid á Dios del Cielo
ante todos los vivientes,
porque al veros reverentes
os inunda de consuelo.
La oración, con el ayuno
es agrable al Señor;
y dar limosna es mejor,
al que suplica importuno,
que idolatrar sepultados
los tesoros en la tierra:
la limosna es una guerra
declarada á los pecados.
Ella libra de la muerte,
pues los delitos perdona.

3 0112 115869312

¡Ay de aquél que la abandona
por una efímera suerte!
No quiero, pues, ocultar (A Tobías pad.
la verdad. Cuando llorabas
y los muertos enterrabas
en escondido lugar,
yo llevaba tu oración
al pie del celeste trono.
y Dios decía: «Perdono»,
y me daba una misión.
Y cuando, ciego, gemías
por tus cuitas temporales,
y tus excesos veniales
incesante maldecías,
segunda vez yo volaba
al imperio diamantino,
y su Jerarca divino
segunda misión me daba.
Y he venido, y te he curado
por medio de aquella hiel;
porque yo soy Rafaél,
que asisto al Trono sagrado.

(Queda rodeado de una nube poco densa que el encargado del escenario producirá, según su habilidad y recursos; ante cuya nube todos se arrodillan.)

La paz con vosotros sea.

(Aun más despacio que lo anterior de la escena.)

No temáis; Dios lo ha querido.
Contad lo que ha sucedido :
adiós; que en el Cielo os vea.

(Retírase por la izquierda, desaparece poco á poco la nube, y vase bajando lentamente el telón.)